

ESFUERZO Y SUPERACIÓN: LOS *DOCE TRABAJOS DE HERACLES* Y LA PERSPECTIVA HEROICA DE LA VIDA EN GRECIA ARCAICA

FRANCISCO SÁNCHEZ JIMÉNEZ

RESUMEN

La realización de los trabajos heroicos relatados en los mitos griegos, así como el triunfo en las pruebas atléticas, su correlato histórico, caracterizan al mundo griego arcaico como una cultura del esfuerzo y de la superación personal, en la que los aspectos irracionales de la conducta de sus héroes míticos (entendidos como la expresión de las contradicciones internas de la aristocracia) se resuelven mediante sus hazañas, cumplidas muchas veces al servicio de personajes situados en una posición de jerarquía inferior a la del propio héroe.

ABSTRACT

The heroic exploits developed within Greek myths, as well as succeeding in athletic games, its historical correlate, define the archaic Greek world as a culture in which personal improvement and effort are favoured. Within this culture, the irrational behavioural aspects of its mythical heroes (understood as the expression of internal contradictions of the aristocracy) are solved through deeds in which, many a time, the hero is serving the interests of an individual who occupies an inferior hierarchical position.

Posiblemente la cualidad más notable del héroe griego, la que le proporciona su dimensión trágica característica y que le convierte en el verdadero protagonista de la mitología griega, es su doble naturaleza divina y humana. Capaz de las más grandes acciones y de afrontar con éxito los mayores sufrimientos, facultades que derivan de su ascendencia divina, se ve obligado a reconocer su mortal destino en una contradicción que define su propia esencia y que se convierte en motor de su actividad y en la clave para desentrañar el significado más profundo de su figura.

La cara oscura del héroe, faceta que se opone a la brillantez de los actos que podríamos calificar como de heroicos propiamente dichos (materia natural de los relatos; entiéndase eliminar monstruos, acabar con sus poderosos enemigos, ganar el favor de las doncellas, extender la civilización griega por países remotos, etc.), que se manifiesta en forma de asesinatos injustificados, obcecación peligrosa para los allegados, violaciones diversas de las reglas de comportamiento, impiedad respecto a los dioses, etc.¹, y cuyos principios fundamentales podrían resumirse en exceso y en locura, debe ser considerada como una consecuencia lógica de la contradicción básica a la que estamos refiriéndonos.

Hybris y *manía* son, efectivamente, elementos distintivos que sitúan a la figura del héroe griego en el terreno de la irracionalidad, aspectos muy disjuntos del supuesto equilibrio y justa medida que parecerían definir algunas de las pautas ideales de la conducta y de la cultura aristocrática de la Grecia arcaica².

Ahora bien, cabe preguntarse en qué medida o qué posibilidades se abren a nuestro protagonista para superar esta oposición de caracteres, verdadero *impasse* que cuestiona severamente la transferencia de su figura a la esfera del ideal ejemplar, modelo a seguir o imitar (al modo del santo cristiano³) o, mucho más acertadamente en el contexto cultural griego, como imagen en el plano mítico del aristócrata y del mundo real que le rodea. Nosotros vamos a seguir aquí la línea de interpretación que ve en la superación de pruebas y trabajos en los relatos míticos, así como en el concurso y competición en los juegos atléticos (proyección en el terreno histórico de los principios que informan el componente agonístico griego), una vía fundamental de solución a la contradicción esencial heroica y, por consiguiente, de control sobre los aspectos irracionales de la conducta del héroe mítico ligados al comportamiento excesivo y a la locura.

Esta ascesis heroica conseguida a través de la realización de pruebas durísimas aparece ya reflejada en las fuentes clásicas más antiguas. Especialmente

1. Aspectos ya señalados por BRELICH, A.: *Gli eroi greci. Un problema storico-religioso*, Roma 1958, 225-83, destacando el carácter grosero de Heracles, y los rasgos en los que se manifestaba.
2. DODDS, E.R.: *Los griegos y lo irracional*. 1951¹; Madrid 1997. El problema de la aceptación de los aspectos irracionales de la cultura griega arcaica y clásica está planteado al menos desde *El origen de la tragedia* (1872) de Friedrich Nietzsche, quien entendía que en la base de ese género literario se encontraba el mutuo acoplamiento de las vertientes *apolínea* y *dionisiaca* de la cultura griega antigua (Madrid 1964, 24).
3. Como propuso LASSO DE LA VEGA, J.S.: *Héroe griego y santo cristiano*, La Laguna 1962.

interesante resulta el caso de Heracles, cuya divinización, de la que tenemos constancia ya en *Odisea*⁴ y en *Teogonía*⁵, se convierte en el premio final para una carrera de sufrimientos. Por otra parte, la secuencia locura → trabajos → divinización viene clarísimamente expuesta en la *Biblioteca* de Apolodoro:

Después del combate contra los minias, Hera, celosa, lo enloqueció y Heracles arrojó al fuego a sus hijos habidos en Mégara y a dos de Ificles; por ello se condenó a sí mismo al exilio y, purificado por Tespio, marchó a Delfos y preguntó al dios dónde debía vivir. La Pitia entonces lo llamó por primera vez Heracles, pues antes era conocido por Alcides, y le dijo que habitara en Tirinto sirviendo a Euristeo doce años y que realizara los diez trabajos que le impondrían; y añadió que, una vez terminados, sería inmortal [Apolodoro Biblioteca 2.4.12]⁶.

El texto del mitógrafo, que le sirve de preámbulo para el desarrollo inmediato de los *trabajos* de Heracles, reafirma pues la idea de que éstos no son otra cosa sino la expiación y salida honrosa al problema de su locura, que trajo consigo consecuencias tan catastróficas como la muerte de sus propios hijos. La causa de la demencia y, en última instancia, la de los trabajos del héroe, no sería otra que la actuación de Hera, la siempre celosa esposa de Zeus, incapaz de contener sus deseos de atormentar al hijo de su infiel marido. Probablemente es por ello por lo que Apolodoro introduce aquí el motivo del cambio de nombre de nuestro héroe: habiéndose llamado anteriormente Alcides (como descendiente de su abuelo Alceo, cabría añadir), pasó a llamarse a partir de este momento Heracles. Esta explicación de su nombre, que textualmente vendría a significar “gloria de Hera”⁷, incidiría aún más sobre la figura

4. 11.601-604. La *Odisea* reconoce la inmortalidad de Heracles y su ubicación definitiva en el Olimpo, compartiendo con los dioses sus banquetes y disfrutando del matrimonio de Hebe, hija de Zeus y Hera. Sin embargo, no renuncia al “jugoso” encuentro en el Hades entre Odiseo y Heracles. Con todo, como ha señalado KIRK, G.S.: *La naturaleza de los mitos griegos*, Barcelona 1984, 144-5, la figura de Heracles fue una fuente de misterios para los propios griegos a causa de su *ambivalente estatus de héroe y de dios* (héroe-dios le llama Píndaro, *N.* 3.22), recordando, además, que en *Ilíada* 18.117-9, se afirma contundentemente su carácter mortal: *pues ni el fornido Hércules pudo librarse de ella [la muerte], con ser carísimo al soberano Jove Saturnio, sino que el hado y la cólera funesta de Juno le hicieron sucumbir.*
5. *Th.* 950-6: que le sitúa en el Olimpo, entre los inmortales, como esposo de Hebe: *¡Dichoso él, que, después de realizar una gran hazaña, entre los inmortales vive sin dolor y exento de vejez por todos los siglos!*
6. La traducción es de RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA, M.: *Apolodoro. Biblioteca*, Madrid 1985¹; 2001.
7. Significado atribuido al nombre del héroe ya desde la Antigüedad. Sirva de ejemplo Diodoro 4.10.1, que remonta sin embargo la metonimia al episodio de las serpientes enviadas

de la diosa como agente causal de los trabajos del héroe: la fama de Heracles (entendida aquí como superación de su condición mortal; es decir, de la contradicción surgida de su naturaleza dual), sería una consecuencia de la derrota de sus enemigos y fatigas las cuales, a su vez, devendrían de la imposición de Hera, y del servicio bajo Euristeo.

Es notable, con todo, que en la etiología propuesta por Apolodoro, que es la explicación generalmente aceptada por nuestras fuentes⁸, se abra siquiera sea de forma implícita una puerta a los fundamentos más antiguos y notables propuestos por la tradición mítica a los trabajos de Heracles, ya presentes en Homero, argumento según el cual la bravuconería de Zeus y la astucia de su esposa habrían llevado a Euristeo a reinar sobre los argivos y, por consiguiente, supeditado a Heracles a sus mandatos:

*Pues Juno, no obstante ser hembra, le engañó [a Júpiter] cuando Alcmena había de parir al fornido Hércules en Tebas, ceñida de hermosas murallas [...] Y Júpiter gemía por causa de ella [de Ate], siempre que contemplaba a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le impusiera*⁹ [Il. 19.94-133]¹⁰.

por Hera: *por ello precisamente los argivos, al enterarse de lo sucedido, aunque antes se llamaba Alceo, le dieron el nombre de Heracles, porque gracias a Hera había obtenido la gloria.* Que esta explicación etimológica no fue la única lo demuestra el mismo Diodoro en 1.24.4, donde el historiador prefiere una interpretación totalmente distinta (por emulación del Heracles egipcio) polemizando con un tal Matris, a quien cita como representante de la etimología “famoso a causa de Hera”. RUIZ DE ELVIRA, A.: *Mitología clásica*, 1975¹; Madrid 1984, 214-5, considera *oscurísima* la verdadera significación del nombre *Heracles*, y advierte contra los excesos que para la interpretación de la mitología de Heracles se puedan desprender de la etimología comentada, así como de conceder un excesivo protagonismo al papel de Hera. Sea como fuere, resulta evidente que tras este cambio de nombre, de carácter iniciático, se halla el anuncio de un profundo cambio en la naturaleza y en la personalidad de nuestro héroe.

8. Fue Hera la causante de la locura de Heracles, que le llevó a matar a sus propios hijos habidos con Mégara, en el relato de Diodoro (4.10,6 – 11,2), al que tendremos que volver más adelante. En Higino, *Fab.* 32, fue Juno la causante de su insania, aunque aquí Hercules ya había regresado de dominar al can cerbero, y la expiación del crimen concluye con la esclavitud ante Ónfale. Se trata de la misma versión que, con variantes (como el exilio de Hércules a Atenas junto a Teseo), había seguido ya Séneca en su *Hércules loco*, que no es otra que la introducida por Eurípides en su *Heracles*, quien modificó la estructura básica del mito mediante un “artificio genial” (LESKY, A.: *Historia de la literatura griega*, Madrid 1989, 410), situando el episodio inmediatamente detrás de la realización de los doce trabajos.
9. ἔργον ἀεικὲς ἔχοντα ὑπ’ Εὐρυσθηῶς ἀέθλων (19.133: *sosteniendo el odioso trabajo sufrido por causa de Euristeo*).
10. La traducción es de SEGALÁ Y ESTALELLA, L.: *Homero. La Iliada*, 1908¹; Madrid 1976.

La relación de los trabajos (*âthloi*) realizados por Heracles en la versión de Apolodoro (*Biblioteca* 2.5.1-12) es la que sigue: I.- León de Nemea. II.- Hidra de Lerna. III.- Cierva cerinitia. IV.- Jabalí erimantio. V.- Limpieza de los establos de Augías. VI.- Aves estinfálidas. VII.- Toro de Creta. VIII.- Yeguas de Diomedes. IX.- Cinturón de Hipólita. X.- Vacas de Gerión. XI.- Manzanas de las Hespérides. XII.- Cerbero del Hades.

Es interesante constatar que en Apolodoro se repite la noticia según la cual, en origen, los trabajos mandados por Euristeo eran diez, no doce. Recordemos que conforme al mitógrafo, la Pitia comunicó a Heracles *que habitara en Tirinto sirviendo a Euristeo doce años y que realizara los diez trabajos que le impondrían* (*Biblioteca* 2.4.12). En efecto, nuestro héroe se vio obligado a sumar los dos últimos a aquellos diez en los que había empleado *ocho años y un mes, al no aceptar Euristeo ni el del ganado de Augías ni el de la Hidra* (5.11). Éste, por haber recibido la ayuda de su sobrino Yolao (5.2); en el caso de Augías, *alegando que se había hecho por salario* (5.5). Tenemos aquí, definidas en negativo, las características básicas o condiciones necesarias de todo trabajo heroico: gratuidad e individualidad. El héroe debe enfrentarse *desinteresadamente* a su destino, y afrontarlo *en solitario*, desprovisto de la ayuda de ningún compañero. El premio será la fama (significado etimológico del nombre Heracles), o la visión amplificadora de la misma, la inmortalidad.

Si atendemos a las fuentes clásicas, pronto veremos que no coinciden ni en el orden, ni en la identificación, ni siquiera en el número total de los trabajos. Si en las impresionantes metopas del templo dedicado a Zeus en Olimpia¹¹, elaboradas en torno al año 460 a.C., podemos contemplar los doce trabajos en una relación prácticamente coincidente con la propuesta por Apolodoro, y ya descrita por el viajero Pausanias¹², no faltan las noticias que se refieren a nueve, diez u once empresas¹³ realizadas por Heracles, amén de

11. La altura de las metopas es de ca. 1.60 mts. Pueden contemplarse en los museos del Louvre y de Olimpia.

12. *Figuran también en Olimpia la mayor parte de los trabajos de Heracles. Encima de la puerta del templo, la caza del jabalí de Arcadia, el trabajo con Diomedes de Tracia y el de Gerión de Eritea, el de ir a recibir la carga de Atlas, el de limpiar el estiércol de la tierra de los eleos; encima de la puerta del opistódomo están el de quitar el ceñidor a la amazona, el de la cierva y el del toro de Cnosos, las aves de Estinfelo, la hidra y el león del país de Argos* [Pausanias 5.10.9]. La metopa del trabajo del cancerbero, silenciada por Pausanias, está perfectamente documentada arqueológicamente.

13. Once empresas figuraban en los frontones del Heraclion de Tebas según Pausanias (9.11.6): *En los frontones del templo Praxíteles representó casi todos los llamados doce trabajos, faltan el de las aves de Estinfelo y la limpieza de la tierra de Élide; en cambio figura la lucha contra Anteo*. GARCÍA Y BELLIDO, A.: "Hercules Gaditanus", AEA 36, 1963,

considerar entre ellas trabajos distintos a los presentados por nuestro mitógrafo. Por otra parte, el resto de las fuentes arqueológicas, o bien por su propia naturaleza, como es el caso de la pintura vascular, no permiten contextualizar el conjunto de los *âthloi*, o bien, como lo es el de nuestros mosaicos en la Península Ibérica, se atienen ya a un modelo firmemente establecido como la serie canónica del *dodekâthlos* hercúleo¹⁴.

Sea como fuere, esta discordancia de la tradición mítica apreciable a través de las fuentes literarias y arqueológicas, no es sino el producto de la elaboración, desarrollo e interrelación de los mitos griegos, tendentes a constituir entre ellos núcleos, ciclos y conjuntos complejos¹⁵. Así la mitología griega, entendida como sistema¹⁶, nos ofrece con los trabajos de Heracles un ejemplo más de concentración armoniosa de historias, en un tiempo simples y deshilvanadas, en estructuras donde dialogan entre sí, y se ofrecen a nuestros ojos, personajes diversos y paisajes lejanos que se integran armoniosamente en relatos de entidad cada vez superior, y que permiten, en definitiva, hablar de una y no de diversas mitologías, y en nuestro caso particular, considerar a Heracles como *posesión común de toda la raza helénica*¹⁷.

El establecimiento de una tipología superficial de las pruebas superadas por Heracles revela la preeminencia de una forma característica que es el enfrentamiento con un animal terrible por su fuerza (el león, el jabalí y el toro,

104-8, puso en relación la decoración de este templo con la de las puertas de Heraclion de Gades, donde, según Silio Itálico (3.32: *in foribus labor Alcidae*), habrían sido plasmadas diez hazañas de Heracles, entre ellas, la de Anteo.

14. *Ibidem*.

15. GRIMAL, P.: *La mitología griega*, Barcelona 1998, 67-8: *los ciclos heroicos se presentan como relatos de aventuras cuyos episodios están más cuidadosamente enlazados* [que los relativos a los dioses] *y manifiestan una elaboración de carácter claramente literario*. Nuestro estudioso considera aquí seis grandes ciclos: Argonautas, Tebano, de los Átridas, de Heracles, de Teseo y de Odiseo.

16. GARCÍA GUAL, C.: *La Mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*, Barcelona 1987, 21-6: *un mito está inserto en un entramado mítico; es una pieza en el sistema que forma una mitología* (21). Por su parte BERMEJO, J.C.: *Grecia arcaica: la mitología*, Madrid 1996, 35-8, entiende también la mitología desde esta perspectiva como una elaboración personal (el ejemplo más característico sería la *Teogonía* de Hesíodo) que aportaría una *reflexión sistemática*, donde se habría introducido un componente erudito y que supondría, en cierta manera, la muerte del mito. Nosotros pensamos más bien, sin restar importancia al nivel fundamental de sistematización literaria a través de la escritura, en un proceso en cierta medida espontáneo que habría caracterizado las diversas configuraciones míticas locales en grandes sistemas integrados, desde las fases más antiguas de la historia de Grecia.

17. ROSE, H.J.: *Mitología griega*, Barcelona 1970, 203.

ampliamente documentados entre los símiles homéricos¹⁸), inalcanzable por su agilidad o por su naturaleza inaprensible (cierva y aves estífnalas) o, en otros casos, monstruoso (hidra, yeguas antropófagas, dragón de las Hespérides¹⁹ y cancerbero). Son nueve de los doce trabajos de la lista más comúnmente aceptada. El ambiente ganadero de otros dos de ellos, el de los establos de Augías y el de las vacas de Gerión, debe ser entendido como escenario en el que se desempeñan ambos trabajos, pero no el objeto fundamental de éstos: el servicio y el enfrentamiento a un rey; bien entendido que el triple cuerpo de Gerión, más allá de las interpretaciones racionalistas, encuadra también esta tarea en el marco del enfrentamiento frente a seres sobrenaturales o monstruosos. Por otra parte, la iconografía del tema gerioneo, que sigue el modelo de confrontación militar, haría posible clasificar este trabajo, junto con el de la amazona Hipólita, entre las expediciones militares de Heracles, quizás aproximándolos, desde esta perspectiva, a las *práxeis* heracleas.

Desde una perspectiva geográfica, resulta claro que puede diferenciarse un primer grupo de seis trabajos cumplidos en el Peloponeso, es decir, el teatro “natural” de operaciones de un héroe de origen argivo, frente a un segundo grupo, más heterogéneo que “partiendo” de las regiones periféricas de Grecia (Creta, Tracia y región del Mar Negro), se sumerge definitivamente en un escenario mítico, en el sentido de *extremo* o, dicho de otra manera, situado en los límites del mundo (*éschatoi*) conocido por los griegos. Particularmente interesantes se muestran en este sentido los tres últimos, que pueden relacionarse con un sentido mítico del concepto de Occidente, ligado indisolublemente a la idea del Más Allá y, por tanto, a la búsqueda de la inmortalidad²⁰ como aventura final o viaje culminante en la experiencia heroica²¹, bien documentada desde la antigua poesía mesopotámica y su héroe Gilgamesh²².

18. SEGURA RAMOS, B.: “El símil en la épica”, *Emerita* 50, 1982, 193.

19. De este δράκων afirma Apolodoro (2.5.11), que era inmortal, hijo de Tifón y Equidna, que tenía cien cabezas y emitía muchas y diversas voces. Incluso en su visión más naturalista, como la que testimonia la *Iliada*, la serpiente es concebida como un animal ligado a lo prodigioso, signo para interpretar el futuro (pensemos en el vaticinio de Calcante en Áulide sobre la duración de la guerra de Troya, 2.305-30; o también en la prevención de los troyanos para sobrepasar el muro de los aqueos en 12.199-209), y en todo caso venenoso y artero, ante el cual aquel que escapa a sus insidias (22.93-5), tiembla y palidece de temor (3.33-5). Su carácter terrorífico convertía a la serpiente en un excelente signo apotropaico con el que adornar las armas, como es el caso de la coraza y del escudo de Agamenón (11.19-40). Recordemos que ya Heracles, desde su más tierna infancia, había tenido que vérselas, victoriosamente claro, con las serpientes (Apolodoro, *Biblioteca* 2.4.8).

20. KIRK: *op.cit.*, 154-7.

21. Ver en este sentido el libro de GARCÍA GUAL, C.: *Mitos, viajes, héroes*, Madrid 1981, con un capítulo referido a Viaje al Más Allá en la literatura griega.

22. Estudiado, traducido y anotado por LARA PEINADO, F.: *Poema de Gilgamesh*, 1988¹; Madrid 2005.

Cabe indicar aquí, que la victoria sobre peligrosos animales y monstruos a lo largo del dilatado horizonte del orbe, fue entendida pronto, indiscutiblemente desde que el mundo griego intuyó la posibilidad de una unificación política, experimentada ya en tiempos de los reinos helenísticos y, más tarde, bajo el dominio romano, como una tarea de expansión de la civilización griega (es decir de la ecúmene) desde posiciones racionalistas y, en particular, evemeristas.

Sea como fuere, la protección divina frecuentemente testimoniada en la pintura vascular por la presencia de Atenea y de Hermes, parece por una parte tender a equilibrar la persecución pertinaz de Hera y, al tiempo, garantizar que la acción de Heracles se encontrara amparada en la esfera de lo divino, lo que en última instancia refuerza la legitimidad de sus actos (desmesurados, quizás, si se entendieran desde otro punto de vista, es decir, el exclusivamente humano), y salvaguarda al protagonista del mito del riesgo de la consiguiente *hýbris*; comportamiento excesivo al que están siempre tan próximos los héroes griegos y, en particular, Heracles.

En este sentido, y siempre buscando un contexto de “protección” del héroe griego contra los mayores peligros que le acechan, como ya hemos señalado, el orgullo excesivo y la locura, es legítimo que nos preguntemos hasta qué punto puede relacionarse el carácter competitivo demostrado por la cultura griega desde sus orígenes²³, y en especial, la canalización de ese temperamento en manifestaciones donde lo cultural y lo religioso se encuentran estrechamente imbricados a través de los grandes juegos o *agónes* panhelénicos, con la acción desarrollada en los mitos por los héroes que, como Heracles, cumplen señalados trabajos que le proporcionarán la fama y, en nuestro caso, la inmortalidad.

Angelo Brelich ha estudiado en profundidad las relaciones entre los cultos y la mitología heroica y las manifestaciones agonísticas de la cultura griega²⁴. El *agón* se manifiesta como una de las formas más características del culto heroico en la Grecia histórica. Por su parte, los grandes atletas se situaban, gracias a sus victorias, en una esfera en cierta forma superior a la humana, ya que se les rodeaba de una aureola religiosa que subrayaba sus triunfos. Ahora bien, desde el plano de la mitología heroica, no son menos evidentes los lazos que relacionaron a los héroes y a la práctica agonal. En ocasiones, los propios

23. *En una sociedad competitiva donde para ser reconocido hay que prevalecer sobre los rivales en una competición incesante por la gloria, cada uno se halla expuesto a la mirada del otro, cada uno existe en función de esta mirada.* (VERNANT, J.-P.: “Introducción. El hombre griego”, *El hombre griego*, Madrid 1993, 28.

24. BRELICH: *op. cit.*, 94-106.

mitógrafos interpretaron las grandes hazañas de los héroes en clave de competición y lucha en los certámenes. Más aún, los propios juegos ocuparon un lugar principal en los relatos transmitidos por nuestras fuentes literarias ya desde los poemas homéricos.

Y, erigido el túmulo [de Patroclo], volvieron a su sitio. Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo; y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieran en los juegos [agôna], calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura, y luciente hierro [Ilíada 23.256-61].

El grueso del canto XXIII de la *Ilíada*²⁵ está dedicado a los juegos en honor del amigo fallecido, Patroclo. Aquí el *agón* aparece como clausura de un complejo ritual fúnebre que ha finalizado formalmente con la elevación del túmulo del difunto, pero que se completa con una competición variada que abarcaba toda suerte de destrezas las cuales, desde la carrera de carros hasta el lanzamiento de jabalina²⁶, están ligadas al combate o a las diversas actividades propias de la aristocracia. La sencillez del marco en el que se desarrollan los juegos, el campamento militar de los aqueos, no resta solemnidad al acontecimiento, que se resalta por la entrega personal por parte de Aquiles, el organizador del encuentro, de los valiosos premios que recompensan la habilidad, fuerza y valentía de los contendientes²⁷.

Los personajes del poema son introducidos así en un marco especial, de carácter sagrado, en el que sin perder ni un ápice de sus características personales, ni de su rango y jerarquía social que, muy al contrario, queda redefinida y destacada especialmente en los momentos de entrega de los premios, parecen moverse con una gran libertad hasta cierto punto ajena a las circunstancias habituales de la narración, es decir, la cruenta guerra. Los juegos funerarios, que cierran el ciclo de la cólera de Aquiles, abren un paréntesis marcado por un cambio de ritmo en la psicología de los personajes, donde lo sangriento es sustituido por lo lúdico, no exento incluso de anécdotas divertidas como la protagonizada por Áyax Oileo que resbala en la carrera sobre el estiércol de los bueyes, llenándose de boñiga la boca y las narices, lo que provocó la risa

25. *Il.*23.257-897, más de 600 versos, por tanto.

26. El catálogo de pruebas es el siguiente: 1. carrera de carros (es la prueba reina, a la que Homero dedica casi 400 versos, i.e., cerca de dos terceras partes del espacio reservado al certamen, y aproximadamente la mitad del canto completo); 2. pugilato; 3. lucha; 4. carrera a pie; 5. combate con armas; 6. lanzamiento de peso; 7. tiro con arco; 8. lanzamiento de jabalina.

27. La *νίκη* *ἱεμένων*, el afán de victoria, impulsa al competidor haciéndole aspirar al primer premio y, por tanto, a la obtención de la máxima gloria.

general de los presentes²⁸. En este marco, las bravatas del púgil Epeo, o las artimañas del auriga Antíloco, no quiebran el protocolo de los juegos, ni atentan contra la dignidad de los contendientes, que acaba reforzándose gracias a las airosas salidas de los protagonistas de la escena, bajo la supervisión de un Aquiles que actúa como juez razonable pero no adusto.

Quizás pueda ponerse en relación este espíritu con la institución de la *tregua sagrada* de los grandes *agónes* griegos, especialmente con los Juegos Olímpicos que, cada cuatro años, se convertían en un foro de interrelación de las ciudades griegas, y suponían un respiro en la dinámica general de guerra entre vecinos que vino marcando la historia de Grecia desde sus orígenes hasta el final del período arcaico. En este sentido, es importante recordar que, en la amalgama de tradiciones relativas a la fundación (y refundación) de los juegos de Olimpia²⁹, la figura mítica de Heracles guarda un protagonismo fundamental, en una historia unida a su quinto trabajo. Una vez realizada la limpieza de sus establos, Augías no quiso saldar su deuda con Heracles y le expulsó junto con su propio hijo de Élide. Posteriormente, el héroe regresó y, tras apoderarse y destruir la ciudad de Augías, después de haber derrotado a los aliados del rey, trazó en Pisa, según nos cuenta Píndaro (*Ol.* 10.24-59), el recinto sagrado (*Áltis*) en honor de Zeus Olímpico, y *estableció entonces la Fiesta Quinquenal con la Primera Olimpíada y con los premios de las victorias*.

La poesía de Píndaro que, en palabras de Jaeger³⁰, *devuelve a la poesía el espíritu heroico*, se vincula al más alto horizonte alcanzado por el hombre griego en su dimensión competitiva, agonal. El hecho de que en sus versos haya quedado constancia semejante de la vinculación excepcional entre el más grande de los héroes griegos, Heracles, el realizador de las máximas gestas, y los juegos más importantes de toda la Grecia antigua, los Olímpicos, no hace sino reforzar la conexión entre los trabajos de los héroes y las competiciones atléticas griegas (como proyección histórica de los primeros), en un ámbito semejante exento de *hýbris* y que abre, gracias a la fama y a la memoria, la posibilidad de una inmortalidad que, en el caso de Heracles, como venimos señalando, se identifica con la divinización. El protagonismo de Heracles en la decoración del templo de Zeus en Olimpia, al que ya nos hemos referido

28. 23.784.

29. Como fuentes complementarias pueden verse Apolodoro, *Biblioteca* 2.5.5; 7.2. Pausanias 5.1.9-10 y 3.1 quien, sin embargo, piensa que el más antiguo fundador de los Juegos Olímpicos habría sido otro Heracles, el Ideo, uno de los Curetes (7.9). Por otra parte, es el Periegeta una de nuestras mejores fuentes para conocer el complejo proceso en que la tradición intentó guardar memoria de las sucesivas fundaciones y refundaciones de los juegos Olímpicos (8.1-2) que, finalmente, incluiría al propio Heracles, nuestro héroe (8.3-4).

30. JAEGER, W.: *Paideia*, Madrid 1984, 199-200.

más arriba, debe entenderse en esta misma dirección, la del reconocimiento al fundador mítico, pero también, la que establece dicha correlación entre *âthloi* y *agónes* como marco privilegiado de superación del hombre griego.

Por lo demás, la correspondencia entre los agones míticos, tal como los presenta la *Ilíada*, y los juegos atléticos griegos documentados en época histórica es muy significativa. Una clasificación convencional de los segundos así lo evidencia³¹, así como la revisión de las *Odas* de Píndaro y sus respectivas dedicatorias en los diversos juegos³². El protagonismo del individuo y su exaltación correspondiente en la victoria es una característica evidente en todos ellos. La consecución de un trofeo simbólico y la fama, son los méritos adquiridos por el vencedor. La representación estatuaría y el canto de los poetas se encargan de difundirla y fijarla en la memoria de las ciudades griegas, que tributaron a sus ganadores una consideración y unos honores semejantes en ciertos aspectos a los de los héroes.

Si la valoración del individuo es una característica común del clasicismo en general y del pensamiento aristocrático griego arcaico en particular, también es cierto que el protagonismo singular se contrapesa frente al desarrollo de la idea colectiva de la *pólis*, reforzada por la evolución de la técnica militar y el desarrollo de la lucha hoplítica, así como por la experiencia de las expediciones coloniales griegas (y sus correlatos míticos), sin que podamos olvidar la constitución de verdaderas talasocracias, como lo fue el imperio militar ateniense, y la utilización generalizada de los *thêtes* y su relación indiscutible con la consolidación de la democracia.

Es en esa doble tensión entre individuo y colectivo ciudadano, a la que se refiere Finley³³, así como la que se origina entre los propios miembros de la aristocracia, que se manifiesta ya en los poemas homéricos, y puede seguirse

31. DURANTEZ, C.: *Las Olimpiadas griegas*, Pamplona 1977, 229-303, en su descripción de los agones olímpicos, los clasifica de la siguiente manera: 1.- Agones atléticos: Carrera (*drómos*; 1 estadio = 192'27 mts.), salto (*hálma*; con utilización de *haltêres*), lanzamiento (de disco –*discobália*; de jabalina –*acontismós*), pentatlón (carrera, jabalina, disco, salto y lucha). 2.- Agones luctatorios: lucha (*pále*), pugilato (*pygmachía*), pancracio (*pagkrátion*; combinación de las anteriores). 3.- Agones hípicos: en especial el carro. 4.- Agones artísticos. 5.- Agones bélicos.

32. Donde las carreras de carro tirados por caballos (y mulas) se encuentran a la cabeza de la clasificación tradicional de las mismas (téngase en cuenta aquí la capacidad económica que presupone la preparación de una cuadriga, de forma que los vencedores son personajes del más elevado rango social y político, como Hierón de Siracusa y Terón de Agrigento). Además de las carreras a pie, y de la lucha en sus diversas modalidades, destacan las categorías juveniles de las mismas, así como la presencia de un agón flautístico (*Pítica* 12).

33. FINLEY, M.I.: *El mundo de Odisea*, 1954¹; Madrid 1984, 131-72.

desde las composiciones simples de la poesía convival, a la de los grandes líricos arcaicos, donde adquieren expresión los valores tradicionales de la nobleza griega³⁴: los principios de jerarquía, primacía y orden universal. El buen gobierno, la igualdad ante la ley y la justicia. La búsqueda de la sabiduría y del conocimiento de uno mismo. La piedad para con los dioses. Se trata, en suma, de una filosofía (y de una estética) de la moderación y del equilibrio (*sophrosýne*), de búsqueda del justo centro, que no renuncia, con todo, a las prerrogativas de su predominio social, sustentado en la transmisión genética de su condición aristocrática (*aristeía*), y en la búsqueda continua de la excelencia (*areté*).

Volviendo a Heracles, un texto de Diodoro nos remite una vez más a la contradicción y, por lo tanto, al punto de partida a la hora de analizar la naturaleza de los héroes griegos; su doble componente, divino y humano, y los peligros que se generan a partir de dicha conjunción de opuestos:

...Euristeo, que era rey de Argos, receloso respecto al crecimiento del poder de Heracles, lo envió a buscar y le dio la orden de llevar a cabo los trabajos. Dado que Heracles no acataba la orden, Zeus le envió el mandato de que se pusiera al servicio de Euristeo. Entonces Heracles se dirigió a Delfos y, tras interrogar al dios sobre aquello, recibió del oráculo una respuesta que le comunicaba que los dioses habían decidido que debía realizar los doce trabajos que le ordenaba Euristeo y que, tras su cumplimiento, alcanzaría la inmortalidad. Tras estos hechos, Heracles cayó en un abatimiento poco común. Juzgaba, en efecto, que ser esclavo de un hombre inferior a él no era en modo alguno digno de su propio valor, y al mismo tiempo desobedecer a Zeus, que además era su padre, le parecía inconveniente e imposible. Y mientras se venía abajo en esta situación de perplejidad, Hera le envió el enajenamiento, y lo que era aflicción del alma terminó en locura [D.S. 4.10.6 – 11.1]³⁵.

...locura que le lleva a matar a sus propios hijos que había tenido con Mégara, la hija de Creón.

Como podemos ver, el historiador siciliano aporta una visión muy particular de la demencia de Heracles, del asesinato de sus hijos, y de la relación de estos acontecimientos con el desarrollo de los doce trabajos. En Diodoro la necesidad de realizar los trabajos es ya un conocimiento previo por parte de

34. Un recomendable estudio para el pensamiento de la época en FRÄNKEL, H.: *Poesía y filosofía de la Grecia Arcaica*, 1962¹; Madrid 1993.

35. La traducción es de TORRES ESBARRANCH, J.J.: *Diodoro de Sicilia. Biblioteca histórica*, Madrid 2004.

Heracles y causa de su locura (si bien, de forma marginal, sigue manteniéndose la explicación convencional de la persecución por parte de Hera). Diodoro nos ofrece en este fragmento un estudio psicológico bastante profundo del proceso de enajenación temporal de nuestro héroe. Surge de la contradicción irresoluble entre dos presupuestos irreconciliables: la desobediencia a los mandatos de Zeus, y la ruptura de un principio al que Heracles no puede renunciar, basado en la norma aristocrática de la *areté*; nos referimos a la consciencia personal de superioridad jerárquica (Euristeo es *un hombre inferior a él*; recordemos cómo en *Ilíada* sólo la astucia de Hera había logrado dar un vuelco a la posición lógica derivada de su mayor distanciamiento genético), cuya ruptura atentaría contra su honor personal (*no era en modo alguno digno de ser esclavo de un hombre inferior*).

La incompatibilidad (aparente) del sistema se encuentra en la subordinación del héroe. Un repaso al *bíos* de Heracles pone en evidencia cómo su disposición de ánimo y sus acciones concretas no dejan de producir paradojas en el delicado terreno de las jerarquías: inferior a los dioses como es, Heracles se atreve con frecuencia a enfrentarse a ellos (especialmente a Apolo, al que pretende arrebatarse su trípode y sustituirle en la función oracular; pero también a Helios, al que cansado en su vagabundeo le arroja flechas); genéticamente superior a Euristeo (también Perseida pero de ascendencia divina más lejana), debe ponerse a su servicio hasta concluir los doce trabajos.

Esta situación de servidumbre o mercenariado (*latreía*) se nos muestra asimismo con toda claridad en el trabajo de la limpieza de los establos de Augías. Recordemos que, para Apolodoro (2.5.5)³⁶, Euristeo no había querido contarle entre los diez trabajos primitivos por considerar que había sido realizado bajo salario (*epì misthò*). Por su parte, en Pausanias, el rey de Élide se habría negado a pagar su soldada a Heracles al ver *que había usado más que de trabajo de habilidad* (5.1.10) cuando desvió la corriente de un río cercano a fin de conseguir su objetivo. En todo caso, la idea de servicio y el carácter asalariado se muestran contrarias al ideal de vida aristocrático. Probablemente la recepción de un sueldo como compensación por un trabajo acentúa el carácter servil de esta tarea³⁷. Recordemos en este sentido la famosa sentencia de Aquiles en el Hades, quien en el colmo de los males en vida *preferiría ser*

36. Para KIRK: *op. cit.*, 152, quien destaca las curiosas características de este trabajo, habría sido una fuente de Apolodoro, quizás Ferécides, la que habría suprimido la tarea de la lista por esta causa.

37. El tema de la imposición de un trabajo servil asalariado se encuentra presente, asimismo, en la historia relativa a la construcción de los muros de la ciudad de Troya, en el reinado de Laomedonte, por parte de dos divinidades, Apolo y Posidón, apoyados por un mortal, Éaco.

labrador y servir ³⁸ *a otro, a un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos (Od. 11.489-91).*

Por último, Heracles parece descender al fondo de la servidumbre cuando, tras concluir sus trabajos y una serie de aventuras, es vendido temporalmente como esclavo a la reina lidia Ónfale, como compensación a Éurito por el asesinato de su hijo Ifito³⁹, otro de los oscuros episodios de la vida de nuestro héroe, y de los más denostados en los poemas homéricos⁴⁰.

En definitiva, hay que contemplar en la discrepancia implícita al servicio (y en la consiguiente comisión de sus hazañas) el instrumento por medio del cual Heracles logra superar el lastre de su desmesura y exceso de orgullo, es decir, del choque entre los dos componentes de su naturaleza. En esta alternancia de contradicciones, los *âthloi* heracleos representan, pues, las pruebas que suponen la superación de la naturaleza heroica, verdadera ascesis que permite a Heracles alcanzar la divinidad.

Se dice que, mientras la pira ardía, una nube se situó debajo de Heracles, y con truenos lo elevó al cielo. Desde entonces fue inmortal, y reconciliado con Hera se desposó con su hija Hebe, de la cual le nacieron Alexíares y Aniceto (Apd. 2.6.7).

De todo lo dicho parece desprenderse que, en el panorama ideológico de la Grecia arcaica, la figura de los héroes míticos no debe entenderse simplemente como la proyección de los ideales de conducta de la aristocracia en el plano de las narraciones tradicionales, algo así como “ejemplos a seguir”. Su esencial ambivalencia, resumida en la continua cadena de alternancias establecida entre excesos y hazañas, es decir, entre las múltiples manifestaciones de su *hýbris* y la comisión de los trabajos en los que se fundamenta su superación personal, no es otra cosa que la expresión mediante el lenguaje de los mitos de la irresoluble contradicción de la clase dominante griega: a saber, la generada entre la praxis de control del poder y acumulación de riqueza, y las aspiraciones relativas al equilibrio y moderación, es decir, las derivadas de las pautas de autocontrol de la propia aristocracia en su lucha por perpetuar el sistema.

38. El verbo empleado es *θητεύω*, que implica que el servicio es a sueldo, como por lo demás se desprende de la frase en su conjunto.

39. Apolodoro, *Biblioteca* 2.6.1-3.

40. *Od.* 21.24-30.